

Este tórrido verano se ha llevado consigo también a un personaje inolvidable, a un amigo que, siéndolo en principio de mi hermano mayor, acabó siendo también de toda la familia, una presencia regular desde los años 80 en nuestra casa paterna zaragozana, a la que acudía siempre sin avisar, anunciándose con un seco timbrado de portero eléctrico (curiosa expresión) tal era la familiaridad de que gozaba, y que nos entretenía con sus "strong opinions", a veces ultramontanas y peregrinas, otras hilarantes, que generaban acaloradas discusiones, pero siempre formuladas con una dialéctica impecable, salpicada de estruendosas carcajadas, y con una simpatía a prueba de bombas, que José Ignacio Querol Bravo administraba desde su metro 85 de estatura. José Ignacio fue todo un figura, con ribetes de genialidad, estupendo matemático, dotado de un IQ (la única vez que se dejó hacer la prueba) por encima de 160, religioso en extremo, adorador de la música sacra y del órgano de Bach, coralista concienzudo, católico a machamartillo, adscrito a la parroquia de Santa Engracia y colaborador asiduo en tareas parroquiales, hombre de costumbres y horarios intempestivos, que vivía y corregía de noche y dormía de día, consumiendo las horas nocturnas en estudios de álgebra y en sus pasiones variopintas y diversas, abusador del café con leche sondeado por innumerables churros, la paella de ración y otras especialidades poco recomendables, que consumía con una benemérita gula inexplicable, después de haber sido gran alfeñique en su juventud. En cierto año, ya lejano, se presentó a la Olimpiada Matemática y quedó segundo de España. Le ofrecieron luego, ya licenciado, una plaza en el departamento de matemáticas, pero salió de la entrevista y dijo haberla rechazado sin vacilar. ¿La razón?: El catedrático de turno no le ofreció sentarse, siendo que había una silla libre delante de su mesa. Razón necesaria y suficiente, a su entender, para olvidarse de la universidad. Sacó plaza de enseñanza media y no se dignó a optar a cátedro, siendo que tenía méritos de sobra para ello. Antes de eso, cuando todos lo hacíamos abocado a una carrera eclesiástica, apareció con Mari Carmen, una callada profesora de piano, con la que se casó y ha convivido en armonía varias décadas, hasta su muerte el pasado 3 de julio, a raíz de una ablación total del páncreas, operación insensata, o quizás desesperada, que no podía acabar de otra manera.

Yo le apodé alguna vez, con cierta sorna, "sacratísimo Querol", pero mi apodo no caló. Siguió siendo para todos Querol, designación por el apellido característica de quienes han pasado por colegios de curas. Los nombres de pila decían poco, salvo cuando se pasaba lista.

Se echarán mucho de menos sus visitas, sus parlamentos rebeldes y sus estruendosas carcajadas. Sacratísimo Querol: ¡descansa en Bach!

(En la foto, en una de esas visitas, en 2006).

6.9.2024